

Versos blancos

Es uno de esos días que suelen quedarse anclados en la memoria infantil; un recuerdo amable que sobrevuela nuestro espacio con las alas blancas de un tiempo de niños, inocente y desenfadado. El día de la Primera Comunión era esperado y deseado por los niños porque, al margen del significado religioso, que cada cual vivía a su manera, lo cierto es que ese día se sentían importantes, guapos, protagonistas absolutos. El recuerdo de aquel día se me aparece hoy entre los dibujos y los versos de un precioso “Cuaderno de la Primera Comunión”, de aquel pintor y poeta que amaba el mar y las anémonas, el cine, el circo, el cielo, el verano... Joaquín Lobato se me acerca, con esa mirada profunda que ya apuntaba maneras, desde un instante apresado en el color sepia del ayer en la vieja fotografía donde el niño Joaquín vestido de blanco, guapo y peinado me mira en la distancia y me invita a penetrar en su alma a través de unos dibujos y unos versos que fueron las personalísimas “estampas” que regaló a los hijos de sus amigos en tan señalado y festivo día.

Florece una luz en tu garganta / en esta mañana de mayo estremecido... Así empieza uno de los versos que acompaña al dibujo de esos rostros, tan suyos, que corona una paloma blanca; un sol radiante, flores y pájaros configuran la estampa serena, abrazada por una dedicatoria: “A María por su Primera Comunión”. Sin querer me voy a otro mayo estremecido donde lucía el sol y soplaba el levante, y que recuerdo con cierto sabor agridulce. Con mi vestido blanco con encajes en el vuelo, con mi pelo rizado para la ocasión y con cara de circunstancias, iba hacia la capilla donde recibiría “el pan de los ángeles”. Recuerdo que no entendí casi nada de lo que decía el cura; el mensaje celeste se me escapaba. Yo estaba entonces inmersa en cosas tangibles; en el azul recién estrenado de un mar que mecía mis sueños, en sus olas, en su música, en la playa dorada que acogía mis juegos de sal y de arena. De los ángeles solo me atraían esas alas blancas, sedosas y etéreas con las que me habría gustado volar. *Para ofrecerte los vuelos del ángel y su figura / se configura el sol y se hace pequeño...* El sol alumbraba mi desconcierto distraendo el sabor ácido de lo que no entendía, y que endulzó aquel muñeco de ojos risueños, con su faldón y sus manitas abiertas, al que abracé para siempre. Guardo aún el encaje de mi vestido blanco, la coronita de flores que adornó mis efímeros rizos de peluquería, y también el típico recordatorio donde un ángel de perfil y unos nardos acompañaban el nombre de la niña que recibía regalos y besos mientras el levante bailaba con su vestido.

Qué hermoso hubiera sido tener una “estampa” tan personal, tan única, tan entrañable como esas que veo ahora en el libro de Joaquín. *Desprende tu mirada / una fortuna de flores recién abiertas...* Versos blancos entre miradas profundas, cálidos soles, azules mares y el campanario de siempre marcando el tiempo de esos niños que hacían la comunión entre “matinales vencejos” veleños. Joaquín Lobato me emociona. Me conmueve lo que escribe y lo que dicen esas caras con los ojos abiertos o cerrados que siempre me transmiten paz. Comparto su amor inmenso por la vida; el mar atardeciendo, el aroma del verano, y ese azul “esbelto y absoluto” que colorea el paisaje que duerme en sus versos.

Precioso este Cuaderno de Primera Comunión. Preciosa su exposición sobre el circo en su sala del Beniel. Miramos sus juguetes, volvemos a su infancia y jugamos con él en su circo. Equilibristas, funambulistas, elefantes, jirafas..., niños alegres alrededor de una carpa de ilusiones. Pinturas de arlequines, payasos, malabaristas..., el mundo de Joaquín, su hermosa filosofía al descubierto.

Dibujos azules, versos blancos de un poeta ausente. “Yo tengo todavía sonora la sangre”. Nos llega su latido. *Por encima del mar y la distancia / navegando por el aire esperanzado...* Joaquín Lobato permanece. Sentimos su pulso. Joaquín es para siempre.

Margarita García-Galán

